

Confluencias

Investigación y edición iconográfica

Graciela García Romero

Felicitas Luna

Marisel Flores

Reproducciones fotográficas

Graciela García Romero

Agradecimientos:

Por la colaboración brindada en la investigación iconográfica agradecemos a María Sáenz Quesada, Jorge Carlos Mitre, Valeria Cataldo, Mary Piana y Roxana Di Leva, del Museo Mitre; a Julio Solezzi y Agustina Gangloff, de la Biblioteca Nacional; a la Academia Nacional de la Historia, Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”, al Centro Argentino de Estudios Antropológicos, y al Archivo General de la Nación.

FÉLIX LUNA

Confluencias

stockcero

A864 Luna, Félix
LUN Confluencias.- 1ª. ed.- Buenos
Aires : Stock Cero, 2002.
172 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-20506-3-5

I. Título - 1. Ensayo Argentino

Fecha de catalogación: 18-11-02

Diseño de tapa e interior:
Schavelzon | Ludueña. Estudio de diseño

© Félix Luna, 1991

1º edición: 2002
Félix Luna - Stockcero
ISBN N° 987-20506-3-5
Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.
Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de
grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com
Viamonte 1592 C1055ABD
Buenos Aires Argentina
54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

Explico

Cuando se desempeña con ganas y con amor un cargo público, las actividades que uno desarrollaba con anterioridad se van dejando de lado y hasta se olvidan. Todo lo que uno hace está en función de la tarea asumida. Y cuando un día se deja la función, empieza a crecer una sensación de vacío que, de no llenarse, puede ser peligrosamente esterilizante. Yo fui designado Secretario de Cultura de la ciudad de Buenos Aires en diciembre de 1986 y dejé de serlo en julio de 1989; en esos dos años y medio me dejé absorber cada vez más por un trabajo que me encantaba y al que me consagré de lleno. Pero a medida que se aproximaba el día de mi cesación, pensaba con preocupación qué haría después. Tanto me había dedicado a aquella responsabilidad que no podía imaginar el futuro sin ella... Lo mismo le ocurría a quien fuera mi subsecretario, el doctor Miguel Ángel ("Chani") Inchausti: durante su gestión había abandonado su profesión de abogado y sus quehaceres como compositor y ejecutante de música folklórica.

Era natural, pues, que en los días previos a la transmisión del mando habláramos sobre nuestras respectivas ocupaciones en el futuro. Fue precisamente "Chani" quien me sugirió por entonces la posibilidad de promover un proyecto para TV referido al V Centenario del descubrimiento de América. Pero en ese momento, mediados de 1989, la idea estaba aún muy verde y sin mayores posibilidades de concretarse. Tomé razón de la iniciativa, pues, y la archivé mentalmente.

Inmediatamente después de mi alejamiento de la Secretaría de Cultura, una serie de trabajos sobre temas historiográficos, invitaciones para dictar conferencias y cursos y la di-

rección de la revista Todo es Historia, que retomé, me mantuvieron ocupado, alejando felizmente aquellos peligros de caer en el ocio y la desgana que me habían asustado en los finales de mi gestión municipal. En realidad, desde que abandoné mi cargo trabajé más que nunca, y la aparición de Soy Roca, con todas sus secuelas, completó mi tiempo y mi dedicación profesional. Con el propio “Chani” trabajamos arduamente en una creación musical, la Suite para la Buena Tierra, que se estrenó en noviembre de 1990. Pero tres meses antes, en agosto de ese mismo año, la idea que me trajera mi ex subsecretario se había súbitamente actualizado.

Ocurría que un grupo de comerciantes españoles radicado en Buenos Aires tenía el propósito de financiar una serie de TV relacionada con el descubrimiento de América. Yo no tuve contacto directo con ellos sino con una oficina de producción relacionada con “Chani”. Empezamos a conversar y de inmediato tuve una idea clara de lo debía hacerse. Tenía alguna experiencia en TV: durante cuatro o cinco años animé el programa Todo es Historia en distintos canales de Buenos Aires; en 1983 realicé una miniserie de cuatro capítulos, Patagonia se hizo así, con dirección de Raúl de la Torre, y en 1985 Buenos Aires y el País, con dirección de Néstor Paternostro. Por consiguiente, no me eran desconocidas las limitaciones de este medio de comunicación, pero tampoco su enorme poder de difusión. La posibilidad de realizar libremente una serie sobre un tema que hace a las raíces americanas, me entusiasmó, así como me sedujo la circunstancia de que se trataba de un emprendimiento privado, ajeno a toda burocracia y exento, en consecuencia, de cualquier condicionamiento ideológico o político. Así que de inmediato propuse (y fue aceptada) la idea general de la obra que es, en síntesis, lo que va a leerse después de este acaso molesto pero necesario prólogo.

Confluencias desarrolla un tema fascinante: la mezcla de la cultura hispana con las culturas americanas preexistentes al descubrimiento. Al plantearlo así, queda atrás el tratamiento de los choques y conflictos de la conquista de América. No es que desconozca y mucho menos que oculte estos choques: simplemente los doy por sabidos, para entrar a un terreno mucho más rico cual es el del formidable contacto que tuvo por escenario al nuevo mundo. Todo proceso de dominación de un pueblo por otro es horrible. Implica masacres, arrasamientos culturales, desarraigos, compulsiones. Tales espantos tuvieron lugar en el continente americano como lo han tenido en todo el mundo a lo largo de la historia de la humanidad. Pero no sería ésta la materia sobre la cual versaría Confluencias, sino la que tiene que ver con aquello que son hoy los pueblos de la América poblada por españoles. Me pareció que relatar los avatares del descubrimiento y la conquista, aunque fuera apasionante, era menos fecundo que buscar las claves de ese fenómeno casi único como es el mestizaje americano, mestizaje no sólo racial sino manifestado también en el campo lingüístico, artístico, religioso e institucional. El descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo fueron hazañas individuales; la confluencia de formas y contenidos culturales diferentes, en cambio, fue el resultado de procesos anónimos, prolongados y, en líneas generales, pacíficos, que resultaron fundacionales porque constituyen, quiérase o no, la base histórica de los pueblos latinoamericanos.

De inmediato me puse a trabajar en el libreto. Cuando uno escribe para la TV (imagino que será lo mismo en el cine) tiene que poner un ojo en el texto y otro en la posible ilustración gráfica. En este caso, la técnica resultaba difícil porque yo deseaba que Confluencias fuera enjundiosa, que tuviera contenido conceptual: así lo pedía el tema abordado.

Pero ¡ay!, es difícil ilustrar abstracciones. A cierta altura de mi tarea dejé de pensar en la cámara y me limité a hacer lo que sé hacer: escribir un relato histórico. ¡Que se arreglara después el equipo de producción! Con este pensamiento egoísta pero salvador, fui elaborando los distintos capítulos sin mayores dificultades. Debí recurrir a fuentes que tenía olvidadas y materiales que no manejo habitualmente siendo, como soy, un historiador cuyo campo suele ser el pasado argentino. El buen criterio de mi hija Felicitas, ya en los últimos tramos de su carrera de Historia, me ayudó mucho en esta etapa, como me ayudó mucho en la revisión final de los textos la certera crítica y la erudición de María Sáenz Quesada.

Porque la cosa tenía sus bemoles. Uno, el apuro con que se había fijado ese moderno tirano de las creaciones intelectuales que se llama “el Cronograma”: ya haré una referencia a este problema. El otro inconveniente se relaciona con la vastedad del contenido posible del libreto. América, ya se sabe, no es una entidad homogénea; sus culturas eran y siguen siendo muy diferentes, como son variadísimos sus matices en la lengua, la raza, la religión, las formas artísticas y musicales y las modalidades de la vida cotidiana. Hablar de un pueblo americano, en la época de la conquista y ahora, es un abuso. ¿Cómo hacer, entonces, para abordar con cierta coherencia y dentro de un tiempo televisivo convencional semejante heterogeneidad? La solución tenía que ser arbitraria y lo fue: me limité a incluir las culturas más relacionadas con nuestro país, apelando también a la azteca por su esplendor, originalidad y grandeza, y además porque la Nueva España fue la experiencia más lograda de la colonización española y la más viva evidencia del fenómeno de fusión que intentaba señalar. Ya había quedado afuera la América sajona; ahora también se exoneraba a la portuguesa y otras comarcas del continente. Fue una verdadera mutilación y así lo sentí, pero no encuen-

tro otro método para escribir algo que no se diluya en una generalización tan absurda como incomprensible.

A su vez, el inconveniente del cronograma consistía en lo siguiente: yo había aceptado el encargo a principios de septiembre (1990) pero tenía planeado, de tiempo atrás, ir en octubre y noviembre a Europa en viaje de descanso. Era evidente, pues, que los libretos recién empezarían a elaborarse a mi regreso, aunque la línea general ya estuviera definida, y redactados algunos esbozos. Pero el equipo de producción estaba ansioso por empezar con lo suyo y tenía previsto trasladarse inmediatamente a España para grabar allí algunas tomas. Se me pidió que modificara mi itinerario europeo y yo los vi tan entusiasmados que accedí aunque me parecía insólito (y así les dije) que una serie de TV empezara a grabarse antes de tener el guión en la mano. De modo que hice un paréntesis en mi periplo y durante una semana anduve por Castilla, Extremadura y Andalucía recogiendo imágenes. Pasamos jornadas muy intensas y mi mujer, agregada a la partida, contribuyó a que las cosas salieran mejor.

Como quiera que sea, trabajando en verano, como suelo hacer, a fines de febrero de 1991 ya estaban listos y terminados los cinco libretos. Entre tanto, el equipo de producción había recorrido el Perú, México y las Antillas; después habría de trabajarse el territorio argentino en las zonas del Norte y Noroeste. A continuación vendría la fatigosa y delicada tarea de editar todo ese material, ponerle palabras, musicalizarlo. Sólo entonces Confluencias estaría preparado para presentarse.

Este libro aparece independientemente de la serie televisiva por varias razones. En primer lugar, porque las exigencias técnicas y artísticas de la TV imponen muchas veces cortes, omisiones o agregados que pueden alterar el libreto previo. Cuando uno elige un medio para difundir sus ideas o conoci-

mientos, debe aceptar las reglas de juego propias del mismo. Seguramente el producto final de Confluencias será bastante diferente a lo que proponen mis libretos; no me quejo porque me atengo a las modalidades específicas de la TV. Pero también tengo derecho a justificar mi oficio de historiador mostrando la idea básica de la serie tal cual fue, sin los condicionamientos del medio televisivo, para que el lector y el televidente juzguen si el producto final enriqueció o no mi propuesta inicial.

En segundo lugar, esta publicación responde a una realidad: la circunstancia de que la TV tiene un lenguaje propio que se compone por partes iguales de imágenes y de palabras. Mi profesión tiene que ver con las palabras; puede suceder, entonces, que el brillo de las imágenes ponga en segundo plano lo que yo escribí. Atención, no se trata de vanidad sino de la conveniencia de fijar y dar permanencia a una realización que es fugaz y pasajera por definición. Además, como los cinco guiones están animados por una intención única más allá de las ilustraciones que puedan engalanarlos, me parece legítimo que Confluencias cobre vida no sólo en la pantalla sino como un volumen impreso. La verdad sea dicha, yo soy hombre de libros. He escrito algunos, he leído muchísimos, me deleito en su frecuentación y la única avaricia de mi vida consiste en tenerlos. Así es que este volumen es también un tributo a este medio, el editorial, que a pesar de todas sus crisis y agonías sigue siendo la más noble y perdurable forma de transmisión del saber humano.

Por otra parte, la independencia de este libro respecto del guión televisivo que fue su origen se corrobora por la circunstancia de que ambas creaciones tienen un título diferente. Cuando empecé el trabajo de TV, el nombre de la miniserie apareció por sí solo: Heredad, nombre que aludía al patrimonio resultante del mestizaje que hemos dicho; hablar de he-

redad daba idea de una continuidad que hay que valorar y perfeccionar. Además era una palabra equívoca (cosa que siempre me divierte) porque es un sustantivo pero a la vez la forma imperativa del verbo heredar.

Pero meses después, otro título empezó a ganar espacio propio en mi imaginación: Confluencias. Me asustaba porque era la denominación que corresponde a la ruptura de dos corrientes que al encontrarse forman un nuevo caudal, distinto a los que le dieron origen. Y esta era justamente la idea contenida en mis guiones, Además, el vocablo es hermoso, tiene un sonido líquido, fluyente, resonante... ¿Entonces qué? ¿Heredad o Confluencias? La cosa se resolvió salomónicamente. Como ya se había diseñado el logotipo de la miniserie y todos se referían a ella como Heredad, así quedó bautizada y con ese nombre andará por las pantallas chicas. Y yo me quedé con Confluencias para definir el sentido de estas páginas.

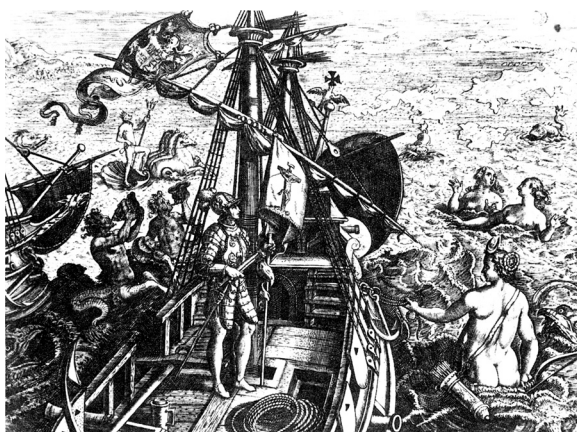
Una explicación final. Para escribir este libro no he buceado en fuentes inéditas. No planteo hipótesis audaces o tesis originales. No expongo nada que no sepan los estudiosos de estos temas. Confluencias es sólo un intento de mostrar al público las características más notables de los procesos que determinaron la creación de los pueblos y naciones de habla española en el Nuevo Mundo. Constituye un saludo a la España descubridora, conquistadora y pobladora, pero también un reconocimiento de los aportes prehispánicos, tanto los de las grandes civilizaciones americanas preexistentes como los de las etnias cuyas culturas, en sus distintos niveles de desarrollo, forman un ingrediente insoslayable de nuestra realidad.

En cierto modo, debo confesarlo, este volumen es una compadrada. Para difundir la historia tal como la veo y siento, yo he recurrido a muy diferentes medios de expresión: el libro, desde luego, pero también las revistas periódicas, empezando por Todo es Historia, los diarios, la radio, la TV, la

música (¿se acuerdan de Los Caudillos y Mujeres Argentinas?), y también la cátedra, los cursos libres y las conferencias, la literatura infantil y hasta la casete. Me faltaba esto: un libreto de TV convertido en libro, que salga a correr su destino sin depender de la imagen, el sonido y la música que suelen acompañar en la pantalla chica los textos de un programa. Una compadrada, porque es posible que el guión solo, indefenso, sin ropajes, no resista la prueba a la que será sometido por los lectores. Pero también puede ser que el esqueleto narrativo de una miniserie recorra gallardamente el camino editorial, con independencia de la suerte del programa que se articuló sobre su base. Ya se sabe: las compadradas tienen su riesgo, pero uno se divierte haciéndolas y si salen bien, gratifican maravillosamente a quien las ha cometido...

Félix Luna

La Gente



I

Cristóbal Colón murió en 1506 convencido de que en sus viajes transatlánticos había arribado a las cercanías de China y Japón, es decir, a las Indias Orientales. Pero ya por entonces se abría camino la evidencia de que el Gran Almirante había descubierto, en realidad, un continente desconocido. Poco después, marinos y geógrafos europeos daban por cierta esta sospecha y hasta bautizaban la nueva realidad con el nombre de uno de los exploradores y cosmógrafos más activos del Nuevo Mundo, Américo Vespucio.

Cuando empezó a imponerse la idea de que América era un continente no conocido hasta ese momento, una cantidad de interrogantes se instaló en Europa en el espíritu de los hombres de pensamiento: interrogantes jurídicos y políticos sobre el dominio y futuro destino de las nuevas tierras; interrogantes filosóficos y teológicos sobre la condición de sus habitantes; interrogantes geográficos y científicos de toda clase. En verdad, el descubrimiento de América conmovió hasta sus cimientos las bases de la cultura y las ideas predominantes de la civilización occidental, y obligó a repensar creencias que hasta entonces se habían tenido por indiscutibles.

El primero de estos interrogantes se refería, como era natural, a los habitantes del nuevo continente. Por empezar, ¿se trataba de seres humanos? En segundo lugar, ¿de dónde habían venido? y —pregunta especialmente acuciante para los españoles— ¿qué se podía hacer con ellos? No eran chicas estas inquietudes, que se plantearon en las

cortes europeas y muy especialmente en España, en las universidades, en los gabinetes de teólogos, filósofos y gobernantes.

Esto explica que, apenas iniciada la conquista, florecieran libremente teorías tejidas para explicar el origen de los indios. Hubo quienes aventuraron que descendían de una de las tribus perdidas de Israel. Otros sostuvieron que eran descendientes de los cananeos. O de los fenicios, los egipcios o los antiguos habitantes de la Atlántida, salvados de algún modo providencial de la catástrofe que habría destruido esa antigua civilización. Hoy este tipo de fantásticas hipótesis se ha desvanecido – aunque hayan aparecido en las últimas décadas algunas que postulan a viajeros extraterrestres como los lejanos antepasados de los aborígenes americanos. Pero sigue persistiendo el misterio del origen de los primitivos habitantes de nuestro continente. Lo único que se sabe de cierto es que los restos más antiguos de población humana en América datan de unos 20.000 ó 21.000 años; con anterioridad, no hay vestigios de seres humanos, lo que permite afirmar que el hombre americano, haya venido de donde haya venido, es mucho más joven que el de Europa, donde hay signos de presencia humana que datan de varios cientos de miles de años.

Pero, insistimos, ¿de dónde llegaron estos remotos antepasados nuestros?

También en este punto han diferido y siguen divergiendo las opiniones científicas. Nuestro Florentino Ameghino sostuvo hace casi un siglo que los americanos anteriores al descubrimiento eran productos autóctonos; no vinieron de ningún lado; surgieron aquí, precisamente en las cercanías del Río de la Plata. Esta opinión ha sido desestimada y la mayoría de los antropólogos y ar-

queólogos modernos se inclina por la idea de que el poblamiento del continente se inició a través del estrecho de Behring, cuando Alaska se encontraba unida a Siberia antes que la última glaciación rompiera este puente natural.

Puede ser que haya sido así: que en una milenaria peregrinación hacia el sur en busca de climas más cálidos, los que venían desde el extremo asiático hayan terminado por poblar las tres Américas. Otros científicos piensan que los inmigrantes vinieron a través del Océano Pacífico desde la Polinesia o aun más lejos; por cierto existen algunos elementos culturales similares entre esas civilizaciones y algunos arcaicos horizontes del Perú y Ecuador. Pero la pura verdad es que todavía no existe una certeza sobre el origen del hombre americano. Se ha avanzado mucho en la tarea de despejar esta incógnita, pero el interrogante que se plantearon los europeos de mediados del siglo XVI, hoy, a fines del siglo XX, todavía no tiene una respuesta.

Entre tanto, lo que sí puede establecerse con certeza es la asombrosa diversidad de los pueblos que habitaban este continente a fines del siglo XV. Es posible que hayan tenido un origen común, pero saltan a la vista las diferencias físicas y culturales de los nativos de distintas regiones: ¿en qué se parece un sioux a un aymara, un araucano a un caribe? Entonces, ¿una sola etnia originaria diversificada a través de miles de años por la influencia del clima, la alimentación, el condicionamiento de sus cambiantes circunstancias? ¿O varias razas, vagamente asiáticas, que llegaron por distintos caminos? Cuando el tiempo transcurre en términos de milenios, cualquier aparición, cualquier transformación y también cualquier desaparición es posible. En la América prehistórica hubo, por ejemplo, un tipo de caballo extinguido muchísimo tiempo antes del

descubrimiento, además de gliptodontes, megaterios y otros “monstruos”. En algún momento cesaron de existir, por causas desconocidas. Este es otro enigma que se suma al gran enigma del poblamiento de nuestro continente.

Y es así como nosotros, argentinos, al igual que el resto de los americanos, no podemos saber de dónde llegaron nuestros remotos antepasados...



II

Como es natural, estos temas no preocupaban a los primeros descubridores y conquistadores. Para ellos, los indios se dividían en amigos o enemigos; y también, en gente que tenía oro y gente que no lo tenía.

Cuando empezaron a reconocer las regiones de las Antillas y sus cercanías, los españoles sólo encontraron nativos muy primitivos, carentes de una organización política y social definida. Pero en 1519 Hernán Cortés desembarca en Veracruz y entonces va apareciendo en todo su esplendor una de las más asombrosas civilizaciones americanas: el Imperio Azteca.

Está probado que la meseta mexicana ya estaba poblada en los comienzos de la era cristiana. Pocos siglos después fue escenario de una cultura que dejó como admirable testimonio de su grandeza la ciudad de Teotihuacán, a pocos kilómetros de la actual capital mexicana, con sus enormes pirámides, sus grandes avenidas, sus templos. Poco se sabe de aquella civilización, que declinó inexplicablemente hacia el siglo X. Un pueblo semilegendario, el de los toltecas, ocupó entonces el espacio vacante: ellos habrían introducido el calendario, los signos gráficos y los elementos básicos del culto a Quetzalcóatl, el dios civilizador. Fueron los toltecas quienes construyeron la ciudad de Tula, cuyas magníficas esculturas pueden admirarse todavía.

Pero estas culturas ya habían desaparecido siglos atrás cuando llegó Cortés. El imperio que encontró fue el de los aztecas, un pueblo que habría venido en una secular ca-

minata desde el noroeste de la actual República de México y que en 1325 se estableció en el lago de Texcoco, fundando la ciudad de Tenochtitlán en el hoy Distrito Federal mexicano. Sus sacerdotes los habían guiado en su larga marcha prediciendo que debían afincarse donde un águila se posara en un nopal, y cuando la profecía se realizó, quedaron allí definitivamente. En verdad, era un lugar privilegiado por su ubicación geográfica, su clima, la fertilidad del suelo y el enorme lago que se extendía al lado de la nueva urbe. En pocos siglos los aztecas sometieron a los pueblos de toda la región, crearon una confederación y elaboraron una civilización cuyo refinamiento asombró a los españoles. Contaban con una escritura jeroglífica, eran hábiles comerciantes y delicados artesanos: a ellos debemos el conocimiento del maíz, el chocolate, el tomate y hasta el tabaco.

El sistema político azteca se basaba en una rígida organización social, con castas definidas y clanes diferenciados, todos sometidos a la autoridad absoluta de un monarca hereditario. En el momento de la llegada de los españoles reinaba Moctezuma, el noveno monarca de la dinastía reinante.

El arribo de Cortés a Tenochtitlán significó, nada más y nada menos, el primer encuentro de la civilización europea con otra que no le era inferior en esplendor, organización y producción; e incluso la aventajaba en muchos aspectos. Una civilización totalmente desconocida hasta entonces. Países como la India, la China o el Japón eran remotos para los europeos de principios del siglo XVI, pero aunque llegar a ellos fuera difícil, se sabía de su existencia y se conocían algunos de sus productos. El caso del Imperio Azteca fue diferente porque nada se sabía de él con anterioridad. Y hay que señalar que, además

de las enormes y múltiples consecuencias que aparejó el contacto con el Imperio Azteca y su posterior conquista, el hecho fue muy importante por su repercusión en la corte española. En las primeras décadas posteriores al descubrimiento, la realidad americana había resultado hasta cierto punto decepcionante por las escasas riquezas que se encontraron. La aparición repentina de ese imperio deslumbrador que se extendía sobre la meseta mexicana reanimó la vocación descubridora y conquistadora de los españoles. Quedaba demostrado que los nativos del Nuevo Mundo no eran solamente las tribus primitivas de las Antillas y costas continentales cercanas; esa inmensa extensión, desconocida en su mayor parte, todavía podía brindar asombrosas sorpresas, premios inimaginables.

En cambio, los españoles sólo conocieron muy indirectamente el mundo maya, que en su momento ocupó cuatro estados de la actual República de México, además de Guatemala y una parte de Honduras. Esta civilización, avanzadísima en astronomía y cuya influencia sobre los aztecas es comparable a la que ejercieron los griegos sobre los romanos, floreció hacia el siglo V de la era cristiana, se derrumbó después y revivió en Yucatán en el siglo X. Fue entonces cuando se construyeron los grandes templos de Chichen-Itzá y Uxmal, entre otros. Pero hacia mediados del siglo XV, poco antes del primer viaje de Colón, la anarquía había arrasado su organización política y social, y cuando los hombres de Cortés llegaron a Yucatán, las pirámides y canchas rituales de pelota habían sido devoradas por la selva y recién fueron redescubiertas en el siglo XIX, aunque subsistían hasta entonces algunas de sus tradiciones y su lenguaje.

Hubo en el Nuevo Mundo otras civilizaciones notables, pero nosotros sólo señalaremos la enorme diversidad

de la gente y sus expresiones culturales en el nuevo continente. Y queremos particularizar las noticias sobre una alta civilización que se relaciona con nosotros, los argentinos, puesto que el Imperio Incaico abarcó regiones de nuestro Noroeste y probablemente Cuyo. En el resto del actual territorio argentino los aborígenes no habían alcanzado altos estadios culturales cuando llegaron los españoles, pero el Tahuantisuyu, en cambio, el Incario, ofreció el espectáculo de un Estado tremendamente eficiente que había logrado montar una organización política y social muy original y, en muchos sentidos, muy exitosa.

En realidad, el Imperio Incaico fue la culminación de un largo proceso que tuvo como marco geográfico el enorme territorio que se extiende desde Chile, al Sur, hasta Ecuador, al Norte, y desde las selvas amazónicas al Este, sobre el flanco oriental de los Andes, a la orilla del océano Pacífico. Abarcaba casi la totalidad de la cordillera andina, la costa, los valles transversales, las mesetas y los desiertos de esa extensísima área ocupada hoy por cinco repúblicas. En ese escenario, varias civilizaciones se fueron superponiendo desde milenios antes de la era cristiana; algunas de ellas dejaron vestigios de una alfarería muy fina y delicados tejidos a cuya conservación ha contribuido el clima seco de esas regiones.

Una de aquellas civilizaciones anteriores es la que construyó hacia el siglo XI o XII de nuestra era la llamada “Puerta del Sol” en Tiahuanaco, sobre el lago Titicaca, en la actual República de Bolivia, seguramente un centro religioso. Poco antes o poco después de la construcción de este magnífico templo, una tribu, la de los incas, entra en escena con una notable vocación de conquista del enorme territorio que se ha dicho. Y a mediados del siglo XV, cien años antes de la llegada de Pizarro, el inteligente es-

fuerzo de los doce monarcas sucedidos desde la implantación de la dinastía incaica había creado el más grande imperio de América del Sur.

El Tahuantisuyu fue un prodigio de organización estatal. Todo estaba centralizado en la ciudad imperial de Cuzco: la monarquía, la burocracia civil y religiosa, las instituciones donde se formaban las clases dirigentes. Los incas lograron crear una organización social que evitaba la indigencia, determinando rigurosamente las tareas de cada súbdito a través de medios de producción de propiedad pública. Fueron los ingenieros de caminos más audaces que haya conocido el mundo desde la época romana. Después de conquistar un pueblo, convertían a los dirigentes vencidos en administradores del mismo, controlados por funcionarios que mantenían informado al emperador de todo lo que ocurría en las cuatro Marcas del imperio. El alimento básico del pueblo era el maíz y las papas, que cultivaban en plataformas aptas para riego. Obtuvieron bellezas con sus tejidos de lana de vicuñas, llamas y alpacas. Su religión era menos cruel que la de los aztecas, aunque ocasionalmente había sacrificios humanos, pero el sol y la luna eran divinidades benéficas. Hacia fines del siglo XV el gran Huayna Capac presidía ese imperio próspero y ordenado que se extendía a lo largo de casi 5.000 kilómetros en el costado oeste de América del Sur.

Los imperios azteca e inca no tuvieron contacto entre ellos; no se conocieron. Pero presentan algunos aspectos curiosamente similares. Ambos fueron precedidos por culturas cuyos horizontes brillaron y languidieron a lo largo de varios siglos, transmitiendo a las que seguían algunas de sus tradiciones y modos de expresión artística. Ambos imperios tuvieron como antecedente más o menos inmediato una gran civilización de fuerte tono reli-